



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9840

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 12 1/2 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

JUEVES 23 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTA Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, letones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amueblados, muebles utilísimos y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42.

DE BARI A LORETO.

Salí de Bari con agradable compañía, pues venían tres jóvenes, algunos años hacia, esta blecidos en Grecia, lo cual me facilitó el placer de poder conversar en griego. Esto y el dirigirme á visitar la casa donde nació y se crió N. S. J., me formaba la ilusión de hallarme en Palestina, á donde el cólera acababa de impedirnos la llegada.

A las 11 de la noche llegábamos á la poco importante población de Pescaza, al litoral del Adriático, donde el tren se detuvo cuatro horas, para continuar á las tres de la madrugada.

Ibamos nueve pasajeros procedentes de Bari; uno de ellos, militar, llevaba una joven esposa, muy simpática por su cera vivaz, todo espíritu, cuyas gracias aumentaban entre el rubio, rizado y suelto pelo que la rodeaba, brotando de debajo su capota. Como era viva, así era también activa, alegre y preciosa: al rato de llegados, enterada del descanso que debíamos hacer, nombró en un santiamén un Ministerio Nacional y distribuyó entre noso-

tros los respectivos cargos con una condición, la de aceptar la cena que, con sorpresa de todos, sacó de un cesto.

Su esposo animó en extremo la comilona; acompañaba sus agudezas con jaculatorias á Baco, las jaculatorias fueron seguidas de frecuentes brindis y olvidándose de que el adagio es de siglos y siglos, ya desde Salomón, «el vino y la música alegran al corazón del hombre,» por postres de la broma desapareció alegrillo, quedando su esposa con los ojos cristalizados por un par de lágrimas de coraje. Prudentes todos los convivas, la conversación tomó un carácter diferente, fue todo gravedad y algunos bajamos á tomar un café. A las dos horas, 2 y tres cuartos, ya todos estábamos en el tren. Entre un capitán *dei Berseglieri* (Guardia civil) y yo sentóse la señora simpática, huyendo de los cariños con que le compareció su alegrado esposo y, al ver que ella correspondía con desprecio, en virtud del sofocón, que recibió echó el guante al capitán *dei Berseglieri* por estar á su lado. Este, teniendo en cuenta el disgusto de la señora y que todavía obraba influido por los humos alcohólicos, le mandó con tono imperativo se fuera á un extremo del departamento, en cual empeño le secundamos todos y pudimos quedar tranquilos durante el trayecto. Allí durmió la papalina.

Eran las cuatro, cuando los fulgores del alba permitían ya admirar las costas del tranquilo Adriático, al cual toda la noche venía bordeando el tren y cuya contemplación me tenía absorto. A las 5, aparecían hermosísimas las colinas de la Rumania, verdes como un tejido de capullos por las primeras galas de la primavera. Era encantador ver aquellos fértiles valles, de vegetación insuperable, coronados en lejananza por elevadas crestas, con poblaciones como in-crustadas, todas aquellas despen-

didias vertientes de los Apeninos que dominan el centro de la Italia en toda su extensión. Al salvar el tren una de estas vertientes, no muy distante, me señaló el Capitán *dei Berseglieri* el lugar donde recibió la primera bala Garibaldi, famoso colaborador de Vittorio Emanuele en la unificación política actual de la Italia. Esta es muy poblada; cada valle, tan abundantes como son, ostenta un pueblecito; cada vertiente de los Apeninos, muy frecuentes por el lado del Adriático, ostenta otra blanca poblacioncita en sus alturas: tenían absorta toda mi atención aquella continuada serie de panoramas diferentes, todos hermosos por los poblados blancos, como distribuidos artísticamente en el fondo de tan vivo verde vegetal.

Aquella jornada era para mí interesante; iba á visitar la casa de Jesús María y José, que, radicando en Nazaret, Asia Menor, había leído yo que los ángeles la habían transportado íntegra por los aires, atravesando el Mediterráneo, hasta depositarla en Loreto, para que no la profanaran los Musulmanes al invadir la Palestina. ¿Cómo será construida?, me preguntaba yo; ¿cómo será conservada? ¿cómo la transportarían? Así en cavilaciones mil se llegaron las ocho de la mañana, hora en que llegábamos á la estación de Loreto.

Apeado ya, no vi población alguna en la estación. A izquierda me quedaba el mar, á mi derecha elevabase á alguna distancia, una colinita verde, en cuya cresta veía una población: era Loreto.

Allí me encaminé por una carretera serpenteada que, á la falda de la colina, se bifurca para subir por ambos lados. Cuarenta minutos fueron suficientes para que una *volanta* me subiera. La carretera está cubierta de infinidad de mendigos, pobres los más, holgazanes muchos; son tantos en número, que revolotean por los carruajes y los

asedian sin dejarles libre el paso, lo mismo que á los peregrinos que suben á pie.

La población de Loreto es pequeña. Su vida es debida á un poco de agricultura, á un infinito número de tiendas de comercio en velas, rosarios y objetos de devoción y á una turba de mendigos de oficio que, como en la carretera, asedian á los forasteros todo el año numerosos, atraídos por la curiosidad de la Casa Santa.

La topografía es la de una ancha calle, en la longitud de la cresta de la colina, en cuyo extremo opuesto al mar se vé un vastísimo edificio, cual obra romana, que, á su primera vista, no distingue uno si es fortaleza, templo, colegio, cuartel ó qué clase de edificio magno es.

Llegado uno al edificio, se ve enseguida rodeado de *cicerones* que, en malas maneras, se disputan unos á otros el acompañar y explicar al viajero en su visita al monumento. Como ellos se disputan el obsequio al viajero, apostrofan descomedidamente á éste, si no es pródigo en la propina.

El frontis es: el de la Catedral, de mármol, de Carrara, elegante, hermosa y aseada, con dos grandes estatuas en bronce; á la derecha un vasto palacio y á la izquierda un convento de PP. Franciscanos, á cuya custodia está confiada la Catedral.

Lo primero que hace visitar el *cicerone* es el palacio, que era uno de los Palacios de recreo para los Papas (hoy en poder del Gobierno) para ir á veranear y bañarse, en las fuertes estaciones de verano. Por un pasillo apropiado, enseña después el *cicerone* el convento de los frailes. Ambos edificios son sólidos, suntuosos y llenos de toda comodidad. Por fin conduce á visitar la elegante Catedral, toda en mármol, clara y alegre.

—Pero ¿dónde está por fin, le pregunté yo, el objeto que aquí me trae?

—¿Cuál? La Casa Santa de Loreto?

—Precisamente.

—Aquello; me contestó, señalándome el altar mayor de la catedral, que es aislado, sencillo y la falta mucho para llegar á las bóvedas de la Catedral.

Paguéle su propina, una lira. Fui, hablé y entré, después de salvar un barbudo veterano que, espada terciada en mano, guardaba una de las dos puertecitas de entrada. En la de salida que, atravesado el local, está al frente, había otro veterano en igual postura.

Al entrar, un sin fin de ideas que me asaltaron, me tenían emocionado. Empezaban una misa dentro, abisméme en consideraciones y dime cuenta de mi absorción al levantarse los concurrentes para oír el Evangelio de San Juan con que termina la misa. En mi abstracción desfiló por mi mente toda la serie de misterios, que la Religión nos enseña obrados en aquella casa. Busqué inmediatamente la ventana por donde entró el Ángel, que queda como de capillita en el altar mayor; buscaban mis miradas dónde estaría la Virgen durante la Anunciata del Ángel; dónde tendría San José su taller; dónde cocinaría María; dónde y cómo pasaría su infancia Jesús y su primo San Juan Bautista, etc. etc., pero mis cavilaciones eran infructuosas, por que no veía objeto alguno que lo indicara. Veía sólo una especie de casita árabe, de una sola sala, de unos cinco metros de altura, por unos doce ó trece metros de largo y unos cuatro de ancho. Los muros eran de humilde ladrillo grueso hasta donde puedan alcanzar las manos del hombre, descarnados los ladrillos como de haberlos urgado los visitantes para llevarse siquiera alguna arenilla; el resto, hasta el techo, eran enlucidos, pero ennegrecidos, conteniendo unas tiritas de madera, fijadas en la pared y un objeto, como un bolo, col-

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 299

298 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 295

Asomé á punto un viejo escudero.

—Está en la tienda de su alteza la reina, capitán Gaston, le contestó reconociéndole.

El joven siguió adelante y al través de guardas, caballeros y pajes, llegó hasta la tienda real.

—Capitán Velasco, dijo á uno de los caballeros que estaban de guarda, demanda audiencia para un asunto importante á Sus Altezas en nombre del capitán de caballos Gaston de Vargas.

El viejo soldado lanzó una mirada maliciosa á Schamsul-Ilemal que estaba enteramente cubierta por su velo, otra al traje árabe del joven, y entró en la tienda. Poco después torció.

—Sus Altezas te conceden audiencia, capitán, le dijo.

Gaston arrojó sus riendas y su pica á un soldado, levantó el tapiz de la tienda y entró con Schamsul-Ilemal.

En el fondo de ella, sentadas en sillas de alto respaldo en un retrete formado de tapices multitud de damas, ocupadas en labores mujeriles, estaban en torno de otra ya de edad madura, de semblante noble y grave aunque dulce, vestida con un severo traje negro y cubierta la cabeza con una toca.

Esta mujer, ante la cual se inclinó Gaston doblando una rodilla, y tras el cual se inclinó también Schamsul-Ilemal, era la reina doña Isabel I de Cas-

—He aquí un mensaje singular, observó Garcí Pérez de Vargas; y bien, primo, una vez que te diriges al real, ¿por qué no evitar á uno de estos valientes una carrera?

Gaston tomó el pergamino, que estaba sellado con cera encarnada, estrechó la mano de su primo, y entró en el real tras haber sufrido otro escrupuloso reconocimiento.

Santa Fé estaba silenciosa, sus calles desiertas, parecía que el ejército estaba entregado al sueño, y sin embargo, en las anchas y lejanas penumbras podían distinguirse las masas de escuadrones cerrados, al pie de los caballos y apoyados en las picas.

De tiempo en tiempo algún capitán armado hasta los dientes rompía el silencio al rechinar de su armadura y se perdía tras la puerta de alguna solitaria tienda.

Gaston á pie, llevando del brazo Schamsul-Ilemal y el caballo de la mano, atravesó gran parte del real y llegó á otro círculo mas animado, mas despiertos y de tiendas mas ricas, pajes, escuderos, palafreneros con alguna descarriada doncella, platicaban alegremente á sus puertas.

Gastón llegó hasta el centro del real, y á la puerta de una tienda sobre la cual cruzó su partesana un soldado.

—¿Duerme ya su alteza la princesa doña Isabel?

sul-Ilemal y descabalgó; entonces la niña corrió y resbaló.

—Ha llovido mientras dormía, dijo; y se ha encajado el cielo. ¡Oh! ¡y qué sueño tan horrible! ven, ven, siéntate junto á mí y te lo contaré.

Schamsul-Ilemal fue á sentarse, y dió un agudísimo grito; había puesto su mano sobre un objeto horriblemente frío y pegajoso; la luna rompiendo entonces con más fuerzas las nubes, la dejó ver en ella manchas rojas y á sus pies, y en torno y más allá, cadáveres humanos.

Se habían detenido en el mismo sitio donde la batalla se encarnizó con más furor, y Gastón reconoció los colores de los peones moros, cuya sangre manchaba aun el hierro y el pendoncillo de su pica.

Arreció el viento, y las nubes impelidas y arrancadas por él, pasaron negras y fatídicas sobre el campo de batalla, gimiendo al embate de las ráfagas, como escuadrones de réprobos que miraban sombríos aquel campo de sangre.

El cielo apareció diáfano en grandes espacios entre los rotos nubarrones, y tendió la luna sobre la tierra su argentina luz.

Schamsul-Ilemal se estremeció, corrió á un arroyo, y se lavó las manos.

—Vamos de aquí, exclamó, el ángel exterminador ha pasado por estos lugares.